

Socialdemocracia irrealizable

Vasconi, Tomás Amadeo

Tomás Amadeo Vasconi: Sociólogo argentino-chileno residente en Cuba, donde es colaborador del Centro de Estudios sobre América. Autor de varios libros y numerosas otras publicaciones.

Un conjunto de factores bloquean la aplicación de los postulados socialdemócratas en América Latina: la crisis económica general; «desindustrialización», represión y restricciones en la escena política; la falta de eficiencia del aparato estatal y, por último, la falta de una tradición democrática. Así, los gobiernos que se autocalifican de «socialdemócratas» no han podido cumplir sus ofertas electorales en distintos países de la región, donde los ideales del socialismo democrático, sin embargo, han encontrado un eco que no se puede explicar de manera simplista ni lineal. En definitiva, y pese a ello, el autor considera a la socialdemocracia como una «utopía irrealizable» como programa de acción de gobiernos latinoamericanos.

Se ha constituido en un lugar común decir que «no se pueden exportar las revoluciones» o, tal vez más adecuado en este caso, las corrientes e ideologías políticas. Ello es sólo parcialmente cierto; en todo caso tendría el mismo valor que si afirmáramos que no se puede exportar petróleo a Kuwait o café al Brasil.

Toda exportación supone la existencia de importadores. Y a su vez, esa existencia de importadores supone cierta ausencia de recursos naturales (inexistencia de determinadas materias primas, bienes elaborados, etc.) o inexistencia de determinadas condiciones político-sociales, lo que constituiría nuestro caso presente (lo que por otra parte no es sino un caso de la permanente dialéctica de lo externo y lo interno, presente en todos los procesos sociales nacionales).

Trataré de referirme a los «importadores» latinoamericanos de las ideas y proyectos socialdemócratas y a las condiciones que han provocado esa importación.

Las condiciones

Se ha hecho repetida mención a que la presencia de las concepciones socialdemócratas en América Latina constituye un fenómeno de la década de los 70 particularmente de su segunda mitad y de la de los 80. ¿Qué acontecimientos o qué cambios estructurales observados en ese período permitirían al menos iniciar la explicación del fenómeno?

Comenzaré por la base económica, sin que esto signifique opción por ninguna explicación «economicista» como creo quedará en claro más adelante. Desde mediados de los años 50 y durante los 60, se produjo una crisis global de lo que constituyera el patrón de reproducción del capital en América Latina desde más o menos los años 30: el llamado «proceso de industrialización por sustitución de importaciones». Esto no implicó, como es natural, su automática sustitución por un nuevo patrón, lo que produjo una situación de crisis general, pues «lo viejo había muerto y lo nuevo no acababa de nacer» (como diría Gramsci).

Ahora bien, la sustitución de un patrón de reproducción del capital por otro, no constituye un proceso estrictamente y menos exclusivamente «económico». Muy por el contrario, supone una reorganización importante en el sistema de clases existente hasta entonces, y por ende una agudización del enfrentamiento entre éstas, hasta que se logre el establecimiento de un nuevo sistema hegemónico. Y esto es lo que observamos a través de toda la década de los 60 y la primera mitad de los 70.

Estas luchas concluirán con el establecimiento, si no de la hegemonía, al menos de la dominación de una nueva fracción burguesa que comenzará a desarrollarse hacia fines de los años 50: la burguesía financiera asociada al capital transnacional¹.

Esa dominación, que en cualquier caso suponía restricciones al funcionamiento de la democracia liberal, no pudo imponerse en muchos casos por medios políticos, estableciéndose por ello los regímenes de dictadura militar que observamos en el período. Es a través de estos nuevos regímenes autoritarios, militares o no, que intentará implantarse un nuevo patrón, mediante la puesta en práctica de políticas económicas neoliberales.

¹Para un mayor desarrollo de las opiniones del autor sobre estos procesos, véase *Clases Dominantes y Aparato Estatal*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1989.

La crisis internacional de los años 81-82 golpeó fuertemente a estas economías que las políticas neoliberales habían abierto al movimiento financiero transnacional. Esto afectó profundamente a los regímenes autoritarios en la medida en que acaso con la excepción de la dictadura militar chilena no hallaron respuestas adecuadas a la nueva situación, lo que se sumó al progresivo agotamiento que como orden político venían sufriendo frente al renacer de las luchas democráticas, que fueron incrementándose cada vez más desde fines de los 70 y principios de los 80.

Se entra así a un proceso de democratización o si se prefiere de «redemocratización», lo que resulta válido en algunos casos y se hace preciso encontrar nuevos modelos de organización política adecuados a estas transformadas sociedades.

Los socialdemócratas latinoamericanos

Las luchas por la democracia van a ser impulsadas en estos años por un amplio espectro de actores sociales, desde el movimiento obrero y otros sectores populares, pasando por movimientos mayoritariamente encabezados por la clase media como las luchas por los derechos humanos, por la liberación de los presos políticos, etc., etc., hasta fracciones de la burguesía opuestas a la dominación irrestricta del capital financiero asociado.

La dirección política de esos movimientos por la democracia no resultó sin embargo tan clara y definida. En los casos extremos, los países con dictaduras militares, la escena política aparecía redefinida por la práctica desaparición de actores tradicionales y su sustitución por otros nuevos (el caso del Brasil), por la desaparición de algunos sectores que no lograron recomponerse ni ser sustituidos por otros nuevos (como la izquierda en Argentina), por la redefinición más o menos profunda de actores y alianzas (el caso de Chile, con la excepción del Partido Demócrata Cristiano y del Partido Comunista). Como quiera que sea, tanto en estos casos como en muchos otros, se hacían necesarios nuevos proyectos y nuevas estrategias.

En América Latina, digámoslo de una vez, no existía una tradición socialdemócrata en el sentido que en Europa tiene esa expresión, por mucho que haya sido redefinida particularmente en sus relaciones con la teoría marxista. Y no resulta fácil en nuestra región, aun hoy, hacer una clasificación completa y exacta de lo que aquí podrían calificarse de organizaciones y partidos socialdemócratas.

Podríamos atenernos fundamentalmente a lo formal, es decir, a la pertenencia plena a la Internacional Socialista, y encontraríamos aquí, entre otros, a Acción Demo-

crática de Venezuela, el Partido Radical de Chile, el Partido Aprista Peruano, la Izquierda Democrática en Ecuador, Liberación Nacional en Costa Rica, etc. Pero es que existe también otro conjunto de partidos políticos que, sin ser miembros plenos, actúan como miembros consultivos; y aquí tenemos el Partido Democrático Trabalhista del Brasil, el Movimiento Electoral del Pueblo en Venezuela, etc. Y aun así, no agotamos la lista, pues existen organizaciones que, sin pertenecer a ninguna de las dos categorías mencionadas, practican una política socialdemócrata y/o reciben apoyo de la Internacional Socialista². Tal el caso de algunas fracciones del hasta hace poco dividido Partido Socialista de Chile, algunas tendencias dentro de la Unión Cívica Radical en Argentina o del Partido de los Trabajadores del Brasil, etc.

Si se observan los partidos mencionados, y algunos más que podrían ingresar a la lista - y acaso con la excepción de algunas organizaciones de creación más reciente, como el Partido Social-Demócrata del Brasil que «ya nació socialdemócrata» - en su mayoría se trata de los tradicionales partidos nacional-populares surgidos entre los años 20 y 40 (algunos antes, como la UCR en Argentina o el PR de Chile) en gran parte de los países latinoamericanos.

¿Cuál es entonces el sentido de su reciente «socialdemocratización»?

A mi juicio, los siguientes elementos explican en buena parte ese cambio de orientación:

Durante los años 70, la necesidad de contar con un apoyo internacional en sus luchas democráticas, apoyo que la Internacional Socialista como vimos en la declaración de Brandt ofrecía.

La exigencia de modernización de sus bases programáticas, tanto para adecuarse a los cambios sufridos internamente en estos países, cuanto por la existencia de un mundo cada vez más transnacionalizado y no sólo económicamente dentro del cual debía operarse.

²Estos «escollos clasificatorios», que merecen sin duda un análisis pormenorizado, se ven acentuados por los cambios en la política internacional de la socialdemocracia. Así a principios de los 70, Willy Brandt, refiriéndose a los países del llamado Tercer Mundo, expresaba: «Necesitamos llegar a una colaboración flexible y no esquemática con fuerzas políticas de otras partes del mundo que tengan puntos de contacto con nuestros partidos, aunque partan de otros presupuestos (...) Nuestro apoyo se debe extender a todos los grupos políticos del mundo cuyos planteamientos sean próximos a los nuestros, aunque sus orígenes o su estructura organizativa no se ajusten a nuestras tradiciones»; v. Willy Brandt, Olof Palme, Bruno Kreisky, La Alternativa Socialdemócrata, Barcelona, Editorial Blumes 1977, pp, 181-184. Es una buena ilustración de estas palabras el que el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, tenga el carácter de «invitado» de la Internacional Socialista.

Y, en tanto gobiernos, el apoyo (esperado) a su gestión, tanto en el plano económico como en el de la diplomacia, de los gobiernos socialdemócratas europeos (un supuesto importante que, explícita o implícitamente, ha jugado aquí, es el de que los gobiernos socialdemócratas representan los intereses de capitales no sólo diferentes, sino al menos parcialmente opuestos a los norteamericanos, hegemónicos en América Latina)³.

Los gobiernos socialdemócratas

Comenzaré señalando que, desde una perspectiva teórico-conceptual es decir independiente de algunos cambios y redefiniciones realizados por organizaciones socialdemócratas en las últimas décadas y del pragmatismo puesto en práctica por la Internacional Socialista en sus políticas internacionales considero que el «modelo» socialdemócrata comprende algunos elementos que le diferencian de otros proyectos políticos (liberales, por un lado, marxistas-leninistas por otro) y que quisiera resaltar aquí.

El supuesto más general, y sobre el que descansa toda su orientación estratégica, es que el capitalismo constituye un sistema susceptible de ser reformado al compás, es cierto, del desarrollo de las fuerzas productivas de modo tal que progresivamente llegue a ser superado como sistema, alcanzando la sociedad una etapa socialista. Las reformas que han de irse proponiendo deberán, por ello, tener en cuenta el nivel de desarrollo que vayan alcanzando las diferentes dimensiones de la sociedad, manteniendo por otra parte las reglas de juego de la democracia representativa.

En el estadio actual del desarrollo del capitalismo, sus proposiciones y requisitos básicos comprenden:

La existencia de un aparato estatal ampliamente desarrollado y que intervenga en todos los ámbitos de la vida social: a) como participante de una economía mixta en que los medios de producción básicos y algunos servicios fundamentales (transporte, energía, etc.) estén bajo su gestión directa; b) como instrumento central de una planificación que deberá observar un carácter predominantemente indicativo; c) como prodigador de servicios sociales fundamentales a la población salud, edu-

³Aquí se haría preciso un análisis pormenorizado imposible en esta oportunidad de la Internacional Socialista (y de los diferentes partidos que la integran ya que existen algunas significativas diferencias entre ellos) en sus relaciones con América Latina, y la de los gobiernos socialdemócratas europeos con la región. Puede suponerse, al menos como hipótesis, que se hallarían importantes diferencias.

cación, etc.; el welfare state y, por ende, como redistribuidor progresivo de los ingresos y en general de los frutos del progreso económico y social.

La aplicación de una política económica antimonopolista o al menos de fuerte control del funcionamiento de los monopolios.

La existencia de una amplia base social, cuyo componente fundamental se halle en el movimiento obrero industrial moderno, pero que alcance también a las clases medias y a importantes sectores de la pequeña y mediana burguesía.

Ahora bien; en varios países de América Latina, en los últimos años, han alcanzado el gobierno partidos políticos miembros de la Internacional Socialista o que proponían programas de claro carácter socialdemócrata. Citamos como ejemplo: Acción Democrática en Venezuela con Carlos Andrés Pérez; el Partido Aprista Peruano con Alan García; la Izquierda Democrática con Rodrigo Borja en Ecuador y, aunque no sea miembro de la Internacional Socialista, la Unión Cívica Radical con Raúl Alfonsín en Argentina. Y, en todos los casos, sucedió algo similar (y lo notable también que en un lapso cada vez más breve desde Alfonsín en 1983 a Carlos Andrés Pérez en 1989): después de un primer intento de implantación de una política económica que superará el neoliberalismo predominante en el período anterior con una fuerte intervención del aparato estatal, un intento de controlar las relaciones económicas de sus respectivos países en el ámbito internacional, el incremento de los salarios, etc., todas características de sus proyectos socialdemócratas volvieron sobre sus pasos, imponiendo políticas de estabilización, liberación de precios, contención de salarios, etc., etc. Con lo que reaparecieron y aun se incrementaron las contradicciones sociales hasta el punto de que enfrentamientos y conflictos constituyen hoy un espectáculo cotidiano en el escenario social y político de esos países.

En busca de los por qué

¿Qué ha pasado aquí? ¿Es que esas organizaciones y sus líderes abandonaron abruptamente sus proposiciones programáticas «traicionando» así a las masas que los llevaron al gobierno?

Aunque lo anterior fuera cierto, como explicación la encuentro absolutamente insuficiente. Creo que existen hoy, en América Latina, condiciones estructurales que impiden la implantación y desarrollo de un programa socialdemócrata. Las esbo-

zaré rápidamente, porque pienso que ellas pueden constituir el centro de una discusión posterior.

Primero, las condiciones económicas. Los países latinoamericanos viven hoy en profunda crisis. Algunos elementos de esa crisis tienen ya varias décadas, como es el caso ya mencionado del agotamiento de anteriores patrones de reproducción del capital; otras son de carácter más reciente y producto en gran parte de las políticas económicas de los gobiernos precedentes. Y todas ellas se enmarcan en la crisis de transformación que vive el capitalismo internacional y, por ende, del proceso en curso de redefinición de las formas de división internacional del trabajo.

Algunos otros elementos de la situación económica me parecen particularmente importantes para el tema; ellos son: la existencia de una deuda externa a todas luces impagable y que no sólo provoca un succión de capitales dificultando si no impidiendo por completo la acumulación nacional de capital, sino que restringe severamente el margen de autonomía de los gobiernos nacionales para el diseño de políticas económicas que difieran de aquéllas que impone el sistema financiero internacional, sus bancos y agencias especializadas.

Segundo, las condiciones sociales. Las sociedades latinoamericanas, en parte por características que pueden considerarse en ellas tradicionales, pero también por otras, que son producto de algunos procesos recientes «desindustrialización», represión y suspensión o al menos estancamiento del desarrollo de la escena política, etc. están distantes, estructural y superestructuralmente, de las sociedades capitalistas modernas; una de sus características fundamentales, hoy, no es la integración sino la desintegración de clases, categorías y grupos sociales. Por ejemplo, no existe con la excepción acaso de Brasil, y esta sería una de las razones de las diferencias en los procesos sociales y políticos que presenta este país con otros de la región un movimiento obrero moderno y organizado. Las clases medias, presentan una altísima heterogeneidad cabalgando entre una tradición ya muerta y una modernidad que sólo pocos y muy calificados alcanzan. En cuanto al bloque de clases dominantes, continúa sin cuestionamiento eficaz la fracción que se convirtiera en dominante en el período anterior: la burguesía financiera asociada.

Tercero, el elemento institucional. No existe aún un aparato estatal realmente moderno en condiciones de cumplir con las funciones que la aplicación de un programa socialdemócrata exigiría de él. Pero además, en aquellos países que se vieron sometidos a dictaduras militares, al no ser esos regímenes realmente derrocados por un proceso revolucionario como fuera el caso de Nicaragua o por un alza-

miento democrático popular, las instituciones armadas permanecen intactas y hacen sentir fuertemente sus intereses corporativos y políticos dificultando cualquier proceso de democratización real.

Y, en cuarto lugar, un elemento que podríamos ubicar en el ámbito de lo ideológico: se carece en estos países de lo que, en buen europeo, se llamaría una tradición democrática como componente importante de su cultura.

Observación final

Tanto los desarrollos anteriores, como lo expuesto en los últimos párrafos del apartado anterior, nos llevan a pensar que la socialdemocracia, que de manera tan importante opera tanto en el ámbito internacional cuanto en el interior de nuestros países en las luchas democráticas, constituye, como programa de acción de los gobiernos latinoamericanos, una irrealizable utopía.

Referencias

*Anónimo, CLASES DOMINANTES Y APARATO ESTATAL. - Habana, Cuba, Centro de Estudios sobre América. 1989;

*Brandt, Willy; Palme, Olof; Kreisky, Bruno, LA ALTERNATIVA SOCIALDEMOCRATA. p181-184 - Barcelona, España, Editorial Blumes. 1977